EL GATO DEL COLISEO

*Adrián Chávez**

para Bruna

A la salida del metro ya se podía ver al coloso, resignado como se espera de cualquier cadáver de más de veinte siglos; tenía los huesos apenas untados del sol de mediodía, y entre ellos el turismo se paseaba como fauna necrófaga y chismosa. El extranjero cedió el paso a la italiana que nunca había estado en Roma y dijo *prego* otra vez. Y otra vez ella, aunque hablaba un poquito de español, sonrió en italiano.

Les pareció conveniente caminar uno junto al otro hacia la taquilla, como si hubieran comenzado juntos sus vacaciones semanas atrás, como si no se hubieran conocido en el vagón. A ella le había gustado de él su cortesía desbordada, que creyó propia de algunos extranjeros. A él le gustó que ella fuera bonita.

Como era de suponerse, el extranjero pagó ambos boletos para recorrer las entrañas del anfiteatro; al principio, la italiana que nunca había estado en Roma se rehusó, sacó su cartera inclusive, pero luego pensó que en todo caso podría ahorrarse ese dinero y comprarle a su mamá un imán para el refrigerador, y le pareció que estaba bien.

Adentro, el lugar tenía una afluencia penosa si se la compara con la del Siglo II. Quizá por ser lunes. El extranjero hizo una leve caravana para abrir paso a la italiana entre un grupo de rusos que bloqueaba el paso por estar fingiendo, con mucha verosimilitud, escuchar al guía.

*Narrador y traductor.

Resultó entonces que este guía no hablaba ruso pero sí suficiente inglés para explicar que alguna vez hubo, afuera del Coliseo, una estatua del emperador Nerón. El extranjero, que no hablaba inglés pero sí suficiente español, tradujo para ella lo relativo al “Estado del emperador Nero” —que así se llama Nerón en inglés—; ella, por su parte, apenas hablaba español pero sí suficiente italiano para entender que “Nero” —que así se dice *negro* en italiano— era un gato legendario que habitaba el Coliseo desde tiempos de un viejo emperador. “Vamos a buscar al gato”, dijo ella, y a él le pareció una idea maravillosa, pues aunque no sabía de qué gato se hablaba le prometió que lo encontrarían.

“¿Te ayudó con tu bolsa?”, dijo, mientras buscaban las escaleras. En la opinión de ella, la bolsa no pesaba demasiado y, aunque así hubiera sido, se consideraba lo suficientemente fuerte para soportar el peso todo el día; no obstante, se le ocurrió que quizá el extranjero ofrecía su ayuda no por considerarla incapaz, sino bonita. Además, se dio cuenta, en caso de aparecer el gato negro necesitaría ambas manos libres para atraparlo. Así se lo hizo saber al extranjero una vez que le entregó su bolso. Él no entendía cuál era el sentido de atrapar al gato —en caso de encontrarlo—, pero de inmediato se ofreció a atraparlo él mismo.

Una vez en el piso superior, comenzaron la búsqueda entre las galerías. A ella le pareció un poco extraño, hay que decirlo, que él se hincara y le besara la mano al salir del ascensor; sintió sus mejillas ruborizarse, igual que se ruboriza Roma apenas un par de veces durante el invierno, y algún radical podría incluso decir que se sintió incómoda. Si así fue, su incomodidad no duró más de unos segundos, pues al advertir las miradas de envidia de otras mujeres, no solo se supo afortunada sino merecedora de un gesto que de pronto dejó de oler a medieval.

Aunque el sol, en su calidad de turista, seguía coqueteando con la trasnochada construcción, esta se obstinaba en permanecer fría en sus cavidades de cemento y traventino. Sus miradas iban pellizcando cada siguiente paso, esperando que en algún rincón, tras una pilastra o un muro mordidos por el tiempo, estuviera Nero, el gato, tan material a estas alturas. Quizá dieron varias vueltas al óvalo, a juzgar por las veces que pasaron frente a la tienda de *souvenirs*; tampoco es que las estuvieran contando, sobre todo porque él estaba ocupado haciendo caravanas

en cada arco que tuviera pinta de haber sido, en tiempos del esplendor romano, una puerta, y ella estaba dedicada a preguntarse si debía detenerlo o sentirse halagada. Luego su indecisión, apenas comparable con la de la torre de Pisa, se vio interrumpida por un niño escandinavo que vomitó generosamente frente a ella.

No importa qué sucedió después con el niño escandinavo, aunque lo más probable es que se haya repuesto, haya llegado a adulto y contado repetidamente aquella ocasión en que vomitó sobre patrimonio cultural de la humanidad. Tampoco le importó al extranjero, que sin dudarlo se quitó la camisa y, doblada en varios pliegues, la acomodó con garbo sobre la basca todavía a temperatura niño escandinavo para que la italiana pudiera pasar sobre ella sin mancharse los zapatos. A juzgar por sus reacciones, a algunas personas les pareció inusual ver a un hombre con el torso desnudo en el Coliseo. Quizá porque hacía frío.

El perímetro del vómito del niño escandinavo apenas podía compararse con la amplitud del corredor, y tal vez fuera ésta la razón de que la italiana considerara innecesario el gesto de su compañero. ¿Acaso él no la creía capaz de sortear el obstáculo? No se puede afirmar de la italiana que poseyera una inteligencia fosforescente, pero sí es justo decir que su primera reacción ante el acontecimiento fue la idea, sensata en la mayoría de los casos, de rodear el caldo gástrico. Sin embargo, no bien sintió la voluntad de reclamar su derecho de autosuficiencia, creyó comprender que aquella camisa podría significar no un gesto absurdo sino el sacrificio que un hombre era capaz de hacer por ella y no por cualquiera de las otras mujeres presentes. Quizá porque hacía frío. El caso es que ella dio un paso sobre la prenda y con el siguiente libró la zona de riesgo. En ese momento, las miradas turistas que hasta entonces habían estado fijas en el extranjero, se distribuyeron entre ambos.

El incidente empañó los ánimos de la concurrencia, empezando por los del personal de limpieza. El extranjero y la italiana tomaron aún algunas fotos del interior del coloso y hasta del arco de Tito, y luego se dirigieron a las escaleras, pues aunque no había razón para irse tan pronto les pareció lo más lógico tras el desagradable suceso y la consiguiente devaluación del monumento.

Durante el descenso, ella tuvo la certeza de sentirse inútil. No se sabe si a causa del fracaso en la búsqueda del felino ancestral o porque hasta ahora había condescendido a cada gesto de cortesía, tan común en algunos extranjeros. Pero sí es seguro que la invadió una sensación de comodidad culposa, parecida a la hipersomnia posprandial, pero en el alma —esto último lo afirman varios científicos, pero es verdad—. Incluso pensó en algunas frases que podría decir en ese momento para traer su dignidad a la conversación. No alcanzó a proferirlas; al llegar a la planta baja divisó, entre las ruinas de la arena, la sombra de un látigo perezoso, quizá la cola de un gato.

La italiana se precipitó a la rejilla más cercana y cuando estaba por llegar trastabilló torpemente, como quien quiere demostrar que caminar es muy difícil. Cayó al suelo y uno de sus zapatos voló hacia el área restringida, donde hace siglos peleaban los gladiadores.

El extranjero dio un salto, o quizá dos saltos pequeños, dependiendo de la definición que se tenga del salto, y llegó hasta donde yacía ella. Trató de levantarla entre sus brazos y cargarla, como se cargan las recién casadas y los costales de papas. Ella tuvo un reflejo y lo detuvo, con lo que algún alarmista llamaría un atisbo de molestia. “Estoy bien, puedo sola”, dijo.

Él se detuvo en seco. La miró, herido. Luego sonrió.

“Ya sé que estás bien”.

Se miraron una vez más. Quizá porque, en realidad, la italiana no sabía si se había lastimado; quizá porque el gato se había perdido para siempre; quizá por la sonrisa del extranjero o quizá porque era lunes. El caso es que la italiana se dejó elevar en brazos.

Apenas unos segundos después, la pareja salió por la puerta del Coliseo: él, con el torso desnudo y la sonrisa transparente. Pero todas las miradas las imantaba ella, sobre los brazos de él, en su trono de piel. Todavía sintió un pellizco de incomodidad —quizá porque a lo largo de su vida había probado asientos más confortables—, pero, como caminar sin un zapato habría resultado inconveniente, decidió relajarse, ponerse a gusto y finalmente abrazar a su acompañante, que reaccionó con agradable sorpresa. Se dejó inundar por una somnolencia que se le subió desde el vientre, quizá por algo parecido a la culpa, quizá porque el sol, emocionado por la vista panorámica, comenzó a entibiar la ciudad.

Adrián Chávez (Estado de México, 1989) es narrador y traductor. Egresado del Instituto Superior de Intérpretes y Traductores, estudió también Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM) y el diplomado en Creación Literaria del Instituto Nacional de Bellas Artes. Cuentos suyos han sido publicados en diversas revistas impresas y digitales del país. Actualmente es coordinador editorial de la revista digital *La Hoja de Arena* y becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) en la categoría de Novela. Twitter: @Ad_Chz